
EL DESEQUILIBRIO ESTABLE DE LA DEMOCRACIA

VÍCTOR J. LUQUE
SILVIA MARTÍNEZ

Cualquier reflexión sobre la democracia nos retrotrae históricamente hasta su origen en la Grecia Clásica. El mundo en el que hoy vivimos parece muy distinto a aquel en que vivieron los grandes autores clásicos de la Antigüedad. Las revoluciones primigenias de la modernidad, tanto científicas (siglos XVI-XVII), como políticas (Independencia de los Estados Unidos de América, Revolución Francesa) y tecnológicas (las revoluciones industriales de los últimos tres siglos) han creado un tipo de sociedades sin parangón en la historia. Gran parte de la humanidad tiene acceso a alimentos y agua potable, electricidad, sistemas sanitarios y, en definitiva, un grado de bienestar que era inconcebible hace sólo unos pocos siglos. Sin embargo, dichos avances no parecen haber ido en paralelo con las formas en que los individuos que constituyen estas sociedades confrontan sus nociones políticas y sociales. Es más, una lectura de los clásicos nos muestra que gran parte de los problemas políticos y sociales que vivimos hoy en día, tuvieron lugar ya en las tierras y épocas de Aristóteles o Cicerón (Fox, 2007).

En los albores de la democracia encontramos también el origen de la filosofía, pero sería arriesgado hablar de una 'ciencia' coetánea a estos hechos. Ciertamente es que los presocráticos son los primeros pensadores que se plantean cómo se producen los fenómenos naturales, de dónde proviene el mundo, qué son y cómo se mueven los cuerpos celestes. Dejando a un lado la explicación mítica, el ser humano se adentra en el camino de la razón, aunque sería arriesgado llamar ciencia a este protopensamiento. En aquella época se carecía de una potente comunidad científica y de los métodos y conocimiento que la ciencia nos ha aportado para entender mejor el mundo complejo en el que el *Homo sapiens* lleva deambulando desde hace poco tiempo, en términos evolutivos. Sin embargo, no es difícil apreciar que todo este conocimiento, técnicas, métodos, avances científicos, etc., que hemos ido acumulando a lo largo de los siglos no son condiciones necesarias para que se establezca una democracia plena.

Grupo Genética Evolutiva, Instituto Cavanilles de Biodiversidad y Biología Evolutiva, Universitat de València, España. / victor.luque@uv.es
Departamento de Filosofía, Sección Lógica y Filosofía de la Ciencia, Universitat de València, España. / Silvia4957@gmail.com

El sistema democrático por el cual era dirigida Atenas, indudablemente mejorable en muchos aspectos (por ejemplo su sufragio que estaba limitado a varones, libres, cuyos progenitores fueran oriundos de la propia ciudad), donde a todos ellos se les otorgaba voz y voto, pero no siempre tenían las mejores cualidades para hacerlos servir. Elementos como la ignorancia o la desidia por los asuntos de la *polis* de gran parte de los ciudadanos ponía en entredicho su independencia política y, así, la demagogia de los buenos oradores, que no por ello buenos gobernantes, podía coaligar las voluntades de la masa. Esta realidad favoreció el surgimiento de los sofistas, maestros de la retórica y versados en el oficio de enseñar a hablar en público y cuyos servicios eran demandados por aquellos que buscaban medrar en política a través de sus intervenciones en el foro. Persuadir era una habilidad de un valor evidente, pero persuadir sin verdad, como criticaba Sócrates, era lo más habitual. Esta crítica, que asume también Platón, puede ser uno de los mayores problemas de cualquier democracia y que en la Grecia Clásica queda retratado: conseguir el favor de la mayoría, lograr hacer de la voluntad un hecho a través de la persuasión de los conciudadanos, que poco o nada tiene que ver con el conocimiento. El ideal del filósofo gobernante buscaba reparar esta carencia que se observaba en la realidad de la *polis*, pero entonces no podía vislumbrarse la idea del gobernante guiado por el conocimiento científico. ¿Podría eso pensarse hoy en día? Resulta deseable, por supuesto, que los ciudadanos tomen decisiones sobre la vida pública y el futuro de su sociedad basados en elementos objetivos (los proporcionados por la ciencia) y no en sus prejuicios y preferencias subjetivas. Pero dicha aspiración, tan deseable, olvida que la política y las sociedades están hechas por hombre y mujeres volitivos, con sesgos cognitivos fijados en el cableado de nuestro cerebro por millones de años de evolución.

Contraria a la creencia de que el compromiso con el conocimiento es un requisito para la democracia, éste ha demostrado no ser necesario en tanto en cuanto ninguna de las democracias que conocemos ha contado con una mayoría de ciudadanos tales entre sus filas. De hecho, la democracia no tiene nada que ver con el saber científico. Si tuviéramos que elaborar una lista con los elementos típicos de esta forma de gobierno incluiríamos: un *demos* concreto con capacidad de elección libre; un sistema reglado en el marco del cual se establezcan las normas de participación en la discusión pública; la libertad de opinión también sería un requisito indispensable y, a la luz de la política moderna, la separación de los tres poderes (legislativo, ejecutivo y judicial). En una democracia, diferentes grupos con diversos intereses presionan para que prevalezca su interpretación sobre un asunto concreto, sin importar si dicha interpretación está sustentada por pruebas mínimamente objetivas. En ningún momento las nociones básicas de una democracia implican nada que tenga que ver con la ciencia. La comunidad

científica no discute hechos (no discute si los cuerpos caen, si las especies evolucionan, etc.), sino hipótesis y elaboraciones de teorías que engloben y expliquen dichos hechos. La democracia, en cambio, es un medio por el cual opiniones políticas contrarias, y no hechos científicos, convergen en un consenso mayoritario y temporal.

El ideal ilustrado probablemente sea que la mayor parte del *demos*, sino el total, cuente con una formación científica lo suficientemente amplia como para que la opinión política no prevalezca sobre los hechos objetivos del mundo. Además, que los mejores y más capaces entre ellos sean los que gobiernen. Sin embargo, como indican los estudios de Kahan y colaboradores (Kahan, 2014; Kahan, et al., 2016), esto puede ser una condición necesaria, pero no suficiente. Así, por lo contrario a lo que podíamos esperar, sujetos mejor formados (más nivel de estudios) e informados (han leído más literatura sobre los temas de interés) tienen los mismos prejuicios que los sujetos menos formados e informados. De hecho, estos sesgos son más difíciles de corregir porque, al estar mejor preparados e informados, construyen una muralla de protección más efectiva en tanto que tienen más herramientas para defender su posición, aunque ésta sea errónea.

Por tanto, los supuestos mejores para votar y/o gobernar no estarían a salvo de caer en posiciones sesgadas y sería incluso más difícil hacerles ver dichos sesgos. Cuestiones que caen dentro del campo científico están expuestas a ser tratadas de manera superficial y acientíficamente en la discusión pública de manera constante. De hecho, los estudios antes referidos muestran que se pueda establecer, estadísticamente hablando, la opinión de un votante respecto a hechos científicos si conocemos su tendencia política. Así, en el mundo anglosajón (y seguramente extrapolable a otros países industrializados) una gran mayoría de votantes de izquierdas aceptarán la realidad del cambio climático o la evolución, y a su vez tenderán a rechazar los organismos modificados genéticamente o el uso de energía nuclear. Los votantes de derechas, en tanto, se mostrarán más contrarios a la evolución o al cambio climático, y favorables de la instalación de centrales nucleares.

Si nos atuviéramos a un ideal de objetividad, los votantes de uno y otro espectro deberían quedar persuadidos no por las opiniones de sus afines ideológicos, sino por las razones de los científicos e intelectuales que trabajan en esos campos. No obstante, en el mundo real, la persuasión no descansa únicamente en la aportación de datos y estudios asentados en el método científico y avalados por la comunidad científica. Antes bien, apenas se sustenta en ello para el común de la sociedad. El ciudadano medio, llevado por su *pathos*, aceptará opiniones sobre asuntos científicos sin cumplir dichos estándares, siempre y cuando el orador que se los proponga sea capaz de apelar, exitosamente, a sus prejuicios. Mediante

este sesgo de confirmación, el individuo selectivamente rechazará los hechos que no encajen con su visión particular de la realidad. En efecto, normalmente los interlocutores sólo aceptan el debate motivados con la perspectiva de llevar al otro a abrazar su postura, sin la menor intención de moverse un ápice de la suya propia. Al contrario, el debate con frecuencia y en contra de las buenas prácticas dialécticas, es una forma de reafirmarse en aquello que se pensaba desde el principio, no de someter a crítica la propia postura y mucho menos de rechazarla y sustituirla por la contrario. David Hume decía que la razón es esclava de las pasiones, y tal vez no imaginaba hasta qué punto.

Quizás el destino de la democracia depende de los menos preparados, la supervivencia y bienestar de los cuales dependen de los conocimientos y descubrimientos (nuevas tecnologías, vacunas, reciclaje, energías alternativas, etc.) de las personas más preparadas. Esclavos de nuestros sesgos, la democracia en la práctica parece descansar sobre esta paradoja.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Kahan, Dan M. (2014), "‘Ordinary science intelligence’: A science-comprehension measure for study of risk and science communication, with notes on evolution and climate change", *Journal of Risk Research*, forthcoming; Yale Law & Economics Research Paper No. 504; The Cultural Cognition Project Working Paper No. 112.
Available at SSRN: <https://ssrn.com/abstract=2466715> or
<http://dx.doi.org/10.2139/ssrn.2466715>
- Kahan, Dan M.; Landrum, Asheley R.; Carpenter, Katie; Helft, Laura; Jamieson, Kathleen Hall (2016), "Science curiosity and political information processing", *Advances in Political Psychology*, Forthcoming; Yale Law & Economics Research Paper No. 561.
Available at SSRN: <https://ssrn.com/abstract=2816803>
- Fox, Robin Lane (2007), *El mundo clásico: La epopeya de Grecia y Roma*. Barcelona: Crítica.